

## CAPÍTULO 11. CARLOS VIÑEDO Y OTRO MÁS.



Entre tanto, se habían desarrollado en el policía todo tipo de reflexiones. Sobre todo, se le despertó la duda con respecto a si sería verdad la historia del reloj. A Guillermo trapos lo creía capaz de cualquier infamia, aun de robo. Si el tipo en verdad hubiera tenido un reloj de oro, él habría debido buscar por todas partes y, ante todo, habría tenido que mantener allí al trapero Guillermo. Lo había dejado ir tranquilamente. Podía meterse en un peligroso atolladero; en todo caso, consideró preferible tratar primeramente con el alcalde, en lugar de hacerlo con el inspector de policía, pues temía su rigidez. Por eso, condujo a su víctima directamente al despacho del alcalde.

El cuarto estaba vacío, sólo un escribientillo se acurrucaba en su silla giratoria y revolvía agitado montones de actas, ahora aquí, luego desamarraba allá un envoltorio para aventarlo de nuevo. Se dio la vuelta y preguntó venenosamente: -¿Y ahora qué pasa? ¿A quién trae por aquí, Weber? Déjeme en paz ya. Tengo cosas importantes que hacer. Mandaron a un criminal, debe ser transportado.

-Sólo quería informar que aquí también hay uno, señor secretario, y uno de importancia -contestó Weber y poniéndose la mano en la boca como tubo de resonancia dijo-: Carlos Viñedo.

El escribiente empujó con fuerza la cabeza hacia delante, torciendo los ojos para arriba de tal forma que parecía ser un pez martillo, que se abalanzaba sobre su presa. -¿Quién? -preguntó, su gruesa voz dejó escapar un gallo por el azoro.

-Carlos Viñedo -repitió el policía tan fuerte como pudo. El escribiente dio un salto y puso las manos en actitud suplicante-. ¡Dios mío, Dios mío, me vuelvo loco! Creía que podía soportar a un Carlos Viñedo y ahora me traen al segundo. Criatura, él ya está allí -gritó de repente, brincando hacia el gendarme y poniéndole una pila de actas frente a la nariz-. Allí, allí están las actas manuscritas y allá está sentado él mismo en la celda. ¡Reflexione, por lo que más quiera! No puede haber dos.

El gendarme perplejo se encogió de hombros. -De aquél no se nada, pero el de aquí ése es el bueno.

El escribano miraba confusamente al gendarme; luego se dirigió a Tomás y levantaba la boca de tal manera al hablar como si quisiera tragárselo. -¿Quién es usted?, le pregunto que usted quién es.

-Mi nombre es Carlos Viñedo -replicó Tomás con una corta inclinación.

El escribano levantó una pierna sobre la otra en el aire, de pura irritación. -Cielos, hoy anda suelto el diablo -murmuró-.

¿Cómo voy a acabar con esto? Y es el cumpleaños de mi mujer. Fritz -le gritó a un muchacho, que había entrado junto con otros dos y veía la escena boquiabierto-, ahora mismo vas con el señor inspector de policía y le pides que venga. Entregaron a otro, a otro Carlos Viñedo -luego, se dejó caer rendido en su silla y ojeaba ansioso de aquí para allá, mirando sólo de soslayo, de vez en cuando, al policía y a su prisionero.

Apareció el inspector de policía. Examinó con una rápida mirada a Tomás y se dirigió hacia el excitado escribano, pidiéndole que le explicara la situación. Escuchó, luego, el informe del gendarme, mientras agitada en la mano un telegrama de aquí para allá, como si quisiera exhortar a una rápida narración. De repente, hizo una seña abrupta y caminó hacia Tomás, el cual se inclinó, tanto como se lo permitía el arriesgado estado de su ropa.

-Le pido que disculpe la equivocación que ha cometido mi subordinado. Hay una confusión. Usted está libre. De inmediato conseguiremos un coche.

Tomás se cayó de todos los cielos. A la mitad de su santificación lo inundó la ira de los mártires. Se volvió a sentar en su banca con un movimiento insolente. -No quiero estar en libertad -dijo-, soy Carlos Viñedo y exijo mi derecho.

El empleado asintió amablemente con la cabeza. -El asunto, pues, está arreglado -dijo y se dirigió al pupitre del escribano, con el que habló solícitamente, sin ocuparse ya para nada del prisionero.

Tomás estaba muy disgustado. Había preparado nuevos tormentos, maldiciones, deshonra, calabozo y cadenas, y veía que hasta su brutal demonio se alejaba dos pasos de él respetuosamente. Eso no le parecía bien. Comenzó a hablar en voz alta.

-Usted no tiene derecho a dejarme libre, señor inspector. Usted es cruel. Pero yo voy a defenderme. ¿Cómo es posible? Me atrapan, un demonio me arroja a mí, temblorosa lombriz, en medio de las llamas del purgatorio, y ya siento cómo la nítida brasa de todo lo desarraigado de lo terrenal me consume y, luego, antes de que el trabajo de la purificación esté culminado, me levanta en vilo el más importante de los demonios y me lanza al desierto de la Tierra. Todas mis esperanzas se agarran aquí a este infierno; todos mis deseos flotan tangibles frente a mis ojos; la gran amiga pena, a quien añoro, me alarga la mano examinadora y yo no debo estrecharla. Tan cercano a la meta, a la elevada meta, cuyo significado nadie más que yo puede apreciar. Pero no, usted debe conocerla, pues de otra manera no se pondría en mi camino tan alevosamente. Pero no lo logrará. Exijo mi derecho. Yo soy...

El inspector de policía se dio la vuelta y asintió tranquilamente: -El señor Müller.

-Carlos Viñedo -gritó Tomás lleno de furia y se levantó de un salto-. Exijo que me lleven a la cárcel, lo oye usted, lo exijo.

El empleado se puso intranquilo. Se daba cuenta de que los escribientes se reían para sus adentros. No quería proceder duramente contra Tomás. Al hombre le había sucedido una desgracia, y, aunque esta comedia tampoco era de muy buen gusto, debía intentar tratarse al señor con amabilidad. De prisa se dirigió al prisionero y le dio el telegrama que tenía en la mano. -Tome usted, es de su hermana.

Tomás lo cogió. -¿De Ágata? -vociferó. El miedo lo había sorprendido. Si llegaba, él estaba perdido. No, gracias a Dios, no vino; era apenas un aviso de su desaparición y una descripción de su persona. De inmediato recobró su antiguo ánimo-. Yo no conozco a ese hombre -dijo-, ¿qué tengo que ver con eso?

El empleado lo miró con enojo y su voz se volvió cortante. -No exagere la cosa, señor Müller. Se cometió una injusticia con usted, pero eso no le permite aprovecharse de las autoridades.

Completamente calmado, Tomás se sentó. -Demuéstreme que yo no soy Carlos Viñedo -dijo-. Me arrestaron como tal y nadie debe robarme mi nombre contra mi claro indiscutible testimonio.

-¡No se ría, Meyer! -le gritó el inspector de policía al muchacho que había ido a recogerlo, pues éste tenía ahora la mitad del puño en la boca para evitar estallar de risa-. Vaya con el alcalde y ruéguele que venga para acá un momento. Usted, Weber, traiga al prisionero; y que venga con usted el guardián, para que el tipo no se les escape. Todos los demás abandonen la sala -impaciente, esperó jalándose los guantes hasta quedarse solo con Tomás.

-Yo puedo, si usted lo desea, presentarle de hecho la prueba de que usted no es el criminal por el que se hace pasar. El ladrón que usted asegura ser, el tal Carlos Viñedo, se encuentra en nuestras manos y dentro de un minuto estará aquí. Antes quisiera darle la oportunidad, otra vez, de acabar con la cuestión. No encuentro decente que usted rebaje ante los subordinados a un empleado, que sólo ha deseado su bien. Si, con todo, usted se empeña, me veo obligado a castigarlo.

Tomás sonrió. Algo mejor no podía ocurrirle. -Demuéstreme que yo no soy Carlos Viñedo y castígueme -dijo con toda frialdad.

El inspector le dio la espalda con brusquedad y se dirigió al escritorio, aventando por su parte las actas de aquí para allá. Sabía que con tales pruebas iba a haber dificultades. Tomás se había cruzado de brazos con aire triunfal. En este momento estaba convencido de la grandeza de su destino.

Al poco rato apareció el gendarme Weber con el guardián de la prisión. Entre ellos llevaban a un hombrecito que alargaba estúpidamente la cabeza y el pescuezo y murmuraba quedito para sí mismo. El policía se le acercó.

-¿Por qué no está el hombre esposado? -preguntó.

-Como somos dos, señor inspector -replicó el guardián y estiró su brazo como para reforzar su absoluta confianza, abrió la mano y cerró, luego, el puño.

El inspector meneó, con desaprobación, la cabeza. -¿Habla? -preguntó de nuevo.

-Puras incoherencias, señor inspector, como de costumbre. Se hace el salvaje.

El prisionero se rio como imbécil. -Lindo señor -se sonrió irónicamente-, lindo señor. Uniforme de colores y botones relucientes -intentó subir las manos temblorosas, como si quisiera llegar al paño azul. Entonces, cuando sus dos guardianes se lo impidieron, volvió a caer en su anterior actitud de estupidez.

El funcionario de la policía le dio la espalda a medias y habló de nueva cuenta con el guardián. -Creo que tendremos que dejar otra vez en libertad al hombre. No hay pruebas en su contra. No es, con todo, Carlos Viñedo -hizo una corta pausa, pero los rasgos de tonto del viejo no cambiaron en lo más mínimo-. Tenemos al tipo, allá está sentado. -También ese intento de vencer al criminal falló-. Véalo con cuidado -insistió el funcionario.

El viejo dio un paso hacia delante, de tal modo que sólo él estaba entre la puerta y Tomás, sus dos guardianes lo seguían cogiendo. -También muy lindo señor, linda ropa, no tan colorida, no tan reluciente, pero muy linda -había alzado de nuevo un poco el brazo, a fin de examinar las señoriales vestiduras de Mundete.

El inspector intentó, otra vez, sorprender al criminal en su papel de loco. Lo agarró por el lado de la vanidad y, esta vez, tuvo suerte con su toque maestro. Se paró frente a Tomás, le dio un golpe en el hombro y dijo: -Y pues, Carlos Viñedo, cuente cómo es que se escapó de la cárcel.

Mundete se levantó. Desde el momento en que se había mencionado el nombre de su hermana, ya no se sentía seguro en su papel de mártir. Cada vez le parecía más claro que su tozudez no lo conduciría a la cárcel, la meta de su nostalgia, pero sí a Bäuchlingen al amparo de Ágata. No se podía decidir a romper el destierro. Aguardaba aún una señal del destino, quería obtener una nueva confirmación de que fuerzas superiores lo conducían. Cada suceso lo examinaba para ver si era una señal y, aun ahora, se había puesto a pensar si esta exhortación para relatar no tenía quizá un sentido más profundo. Titubeó y con inseguridad miró a su alrededor. De preferencia se hubiera escapado con sólo una oración...

-No es fácil de contar -comenzó por fin-, yo me escapé, pues como uno se escapa.

El policía sonrió. -Pero usted tiene que saber algo más. Eso no sucede todos los días. ¿Cómo salió? Las puertas son firmes, así es imposible; y las ventanas...

-Escalé por la ventana -interrumpió Tomás, contento de recibir un asidero.

-Ajá. ¿Pero los barrotes?

-Los limé.

-¿Y la lima?

-Un amigo me la aventó a la celda.

-¿Qué cosa dice, Carlos Viñedo? ¿Un amigo se la aventó?

Entonces sí que es exageración, pues corre la fama de que usted puede escapar sin ayuda, sólo con desearlo. Dejarse pasar una lima, eso es sucio. Si hubiera sabido eso, no estaría aquí ocupándome de usted. Escaparse con ayuda de otro, eso lo hace cualquiera; pero, solo, con la propia fuerza, eso es algo.

Tomás se puso de mal humor: -Sin ayuda, no se escapa nadie de la cárcel.

-Yo puedo -se oyó una voz, la del prisionero.

El inspector y todos los presentes se voltearon de prisa hacia él, y ambos guardianes duplicaron su fuerza sobre los brazos. Distorsionó el rostro y expulsó un grito de dolor. A una seña de su superior, ambos policías aflojaron la presión. En el mismo momento se abrió la puerta desde afuera. -Viene el señor alcalde -se oyó

afuera y- ¡Deténganlo! -gritó una docena de voces en contra.

El hábil ladrón se había zafado y lanzado por un lado al gordo jefe de la ciudad, que en ese momento jadeaba a lo largo del pasillo, luego desapareció.

Todo sucedió con tal presteza, que el miope señor que iba tras el alcalde no se pudo dar cuenta de la razón por la cual el alto y sabio magistrado se estrellaba contra la pared. Tampoco tuvo tiempo para reflexionar, pues a su lado pasó zumbando la feroz persecución: por delante iba el gendarme Weber, que remolineaba furioso una manga del uniforme del prisionero en su mano, muy cerca de él iba el fornido guardián, luego el inspector de policía y toda la horda de escribientes. Tras ellos corría y gritaba el alcalde, sin recibir ninguna respuesta. Y hasta el final apareció Tomás, agitando pensativo la otra manga en una mano y sosteniéndose los pantalones. Todavía de pie en el umbral, saludó al que llegaba con una serena sonrisa.

-Ésta es la nariz con la que se conoce al banquero -gritó-. Bienvenido, buen señor Niedlich. Más a propósito que ahora no podía venir.

*Volver a publicaciones de Georg Groddeck*